

Reflexiones en torno al concepto de populismo en Laclau.

Folco Delfino.

Cita:

Folco Delfino (2021). *Reflexiones en torno al concepto de populismo en Laclau*. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/100>

Trabajo preparado para su presentación en las XIV Jornadas de Sociología, organizadas por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Del 1 al 5 de noviembre de 2021.

Eje 1: “Filosofía, teoría, epistemología y metodología”.

Mesa 259: “La cuestión política. Reflexiones en torno a los vínculos entre lo social, la política y lo político”.

Reflexiones en torno al concepto de populismo en Laclau

Folco Delfino (FSOC - UBA)

folcodelfino1995@gmail.com

1. Resumen

El presente texto no solo buscará echar luz sobre los desarrollos de Ernesto Laclau en torno a la cuestión del populismo a partir del bagaje conceptual desplegado a lo largo de su obra, sino también ponerlos en cuestión a partir de distintas investigaciones y concepciones sobre el tema. De esta forma, ahondaremos en una explicación posible sobre la constitución de identidades políticas en las luchas que se dan por la hegemonía.

Por otro lado, se buscará profundizar las discusiones teóricas a partir de un breve análisis sobre los posibles elementos populistas presentes en el gobierno de Cambiemos en Argentina (2015-2019), rescatando las indagaciones previas sobre esta cuestión.

Palabras clave: Laclau – Populismo – Significante – Hegemonía – Argentina.

2. Introducción

El objetivo de este trabajo es poder ahondar en la teoría de Ernesto Laclau (1934-2014) sobre el concepto de populismo. Para abordar esta problemática es primordial tener en cuenta la crítica que realiza al marxismo y a los “contractualistas”, especialmente a Hobbes. El orden político no es un contrato en el que los distintos individuos pactan y delegan parte de sus derechos en pos del bien común. La representación política, en este caso hacia el Estado o el “soberano”, no se constituye de esta manera, sino más bien mediante el “juego” político y las luchas por la hegemonía.

No existe entonces para este autor una clase universal a ser representada ni tampoco un pacto de individuos que buscan de manera consciente lograr una comunidad para el bien común. Busca así alejarse, para explicar la constitución de las identidades y representaciones políticas, de cualquier tipo de esencialismos o identidades preconstituidas desde la que se desprenden la representación y los sujetos políticos. Como indica explícitamente, los armados políticos y/o representativos se deben encontrar en las diferentes coyunturas particulares y no en rasgos diferenciales preexistentes a la política. Por otro lado, también es importante aclarar que la unidad de análisis de este autor no son los grupos sociales, sino las demandas y la articulación de estas (Laclau, 2011: 9).

Ahora bien, para el estudio de las diferentes coyunturas se requiere comprender la manera en que se desenvuelve la producción de identidades y significantes “vacíos”. Es entonces fundamental tener en cuenta ciertos desarrollos de Saussure (1857-1913) acerca de la composición del signo y a su vez, retomar ciertos desarrollos acerca de los sistemas de significación. En ese sentido, el concepto de populismo en la obra de este autor es fundamental. Buscaremos recuperarlo para poder discutir su definición y sus usos. Por otro lado, también intentaremos analizar los elementos populistas presentes en el gobierno de Cambiemos (2015-2019) con el objetivo de poder repensar teóricamente, pero con cierto anclaje en nuestra historia reciente, esta problemática.

3. De la lingüística a la constitución de identidades políticas

Como se dijo anteriormente, Laclau busca comprender la constitución hegemónica a partir de la interpretación del proceso de representación. Este sin dudas implica un proceso político-discursivo y una concepción del individuo que no cae en un sociologismo ni en un individualismo metodológico (Laclau, 2011). Teniendo en cuenta esto es que este autor toma a las demandas como punto de partida de su análisis. Sin embargo, parece pertinente señalar que se parte de una concepción en que los individuos por sí mismos no son sujetos coherentes y cerrados. No pueden por tanto autoidentificarse y mucho menos representarse políticamente. Necesitan entonces situarse en “subjetividades localizadas” previamente. En otras palabras, debemos comprender que la representación política no surge de las voluntades libres de los individuos igualmente libres.

Parece pertinente retomar las palabras del autor:

"La unidad más pequeña por la cual comenzaremos corresponde a la categoría de *demanda social*. Como señalé en otra parte, en inglés el término *demand* es ambiguo: puede significar una petición, pero también puede significar tener un reclamo (como en *demandar una explicación*).

Sin embargo, esta ambigüedad en el significado es útil para nuestros propósitos, ya que es en la transición de la petición al reclamo donde vamos a hallar uno de los primeros rasgos definitorios del populismo.” (Laclau, 2011: 98)

Cuando en una situación particular, una demanda es dirigida hacia cierta institución, puede suceder que esta sea satisfecha, o no. Si esto último sucede aisladamente, posiblemente, no genere ningún problema de legitimidad en la institución mencionada. Ahora bien, si una mayor cantidad de grupos ve que sus demandas dirigidas a la misma institución, o conjunto de instituciones, son también insatisfechas, se pueden generar entre aquellos un cierto “lazo”, formándose lo que Laclau llama “cadena equivalencial”. Cabe señalar, que en este primer momento (lógico), distintas demandas de diferente índole, encuentran un punto en común, a saber, el descontento hacia la misma institución por no satisfacer sus demandas particulares. Es decir, un tipo de identificación equivalencial donde las diferencias se equiparán en pos de posicionarse en conjunto como diferente a otro. Este otro entonces, aparece como negación del propio grupo de identificación, pero es a la vez su condición de posibilidad.

Dentro de un sistema de significación se puede encontrar que, por un lado, los valores que asume cada término están determinados diferencialmente, es decir, en relación con los otros términos y que, por otro, estos valores cobran sentido dentro de una totalidad sistémica del lenguaje. Los límites de la significación son los mismos límites del sistema. Sin embargo, no podemos pretender que una identidad política, entendida en tanto representación, pueda constituirse a partir de la negación pura. Es en este punto, donde debemos introducir el concepto fundamental de “significante vacío”. Para explicar este término, Laclau retoma a la vez que reformula la noción de signo propuesta por Saussure (2007). Si la unidad sígnica, para este último, se realiza en la relación que se establece entre significante -en tanto imagen acústica- y significado -en tanto concepto-, en Laclau los significantes vacíos, son significantes que tienden a vaciarse, es decir, que tienden a perder el vínculo con el significado. Con esto refiere al hecho de que son significantes que se “elevan” al nivel de identificación positiva de un conjunto de distintas demandas.

Ante la imposibilidad de encontrar un significante único que signifique un conjunto de situaciones completamente distintas, surge uno que va deshaciéndose de su significado. En otros términos, aparece un significante que, si bien asume la función de representar al sistema equivalencial/diferencial como totalidad, nunca la va a significar adecuadamente. Es por lo que puede sostenerse que los significantes vacíos son requerimiento interno del sistema lingüístico, el cual posee cierres precarios. Son entonces estos significantes los que apuntan a los límites del sistema y los hacen

tambalea (y correse). En este sentido es que puede sostenerse que la hegemonía responde a la lógica de la contingencia, ya que las suturas del sentido son precarias. Es esta falta constitutiva del sistema la que posibilita que este funcione.

Siendo un poco redundantes, es importante tener en cuenta que Laclau propone que la política es sólo posible a partir de la imposibilidad constitutiva de la sociedad, la cual sólo puede representarse a sí misma a través de la producción de significantes (vacíos). En esta imposibilidad estructural está el fundamento del “vacío” del significante, “...es decir, un significante de la pura cancelación de toda diferencia” (Laclau; 1996: 73). Son estos últimos los que permiten el acceso al campo de la representación política.

Hay que tener en cuenta también la diferencia con los significantes “flotantes”. Estos son significantes que surgen de la propia comunidad y buscan representar su totalidad, pero tienen la particularidad de ser significantes que son disputados constantemente por sujetos políticos distintos. Son aquellos que no logran ser “capitalizados” completamente por ninguno de los sistemas de significación conformados, es decir, que adquieren una cierta autonomía. Sin embargo, a causa de su gran amplitud y ambigüedad, es imposible delimitar los dos tipos de significantes (tanto el vacío como el flotante) nítidamente ya que ambos se superponen en la práctica política y en la lucha por la hegemonía.

Por otra parte, no hay que confundir tampoco a los significantes vacíos con aquellos equívocos. Estos últimos son aquellos significantes que poseen distintos significados.

Por último, otra categoría central en el análisis del populismo y que también se relaciona con la lingüística saussureana es el de discurso. Este “...constituye el terreno primario de la constitución de la objetividad como tal...” (Laclau, 2011: 92), ya que:

“Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él.” (Laclau, 2011: 92)

4. La política y la lucha por la hegemonía

Cuando se busca explicar la manera en que se desarrolla la conformación de estos significantes vacíos, es inevitable acudir a las concepciones que tiene Laclau de la política y la hegemonía. Las demandas que se mencionan anteriormente, según el autor, no sólo reconocen la instancia a la que la dirige como legítima, sino que entiende que esa demanda puede ser satisfecha particular e individualmente. Es decir, este tipo

de peticiones suponen la posibilidad de ser satisfechas administrativamente. A aquellos sujetos que realizan estas demandas Laclau los llama “sujetos democráticos” (2005: 57). Estos se basan en una concepción donde no hay antagonismos. En contraposición, el autor identifica a los “sujetos populares”, distinción que se abordará luego en el presente trabajo.

Por su parte, la lógica de la equivalencia prima entre las distintas manifestaciones al interior del sistema y de diferencia al exterior. Los significantes vacíos, en este sentido, son aquellos significantes que, con la pretensión de representar una totalidad inasible ya que no hay denominador común positivo, tienden a vaciarse de su contenido originario al mismo tiempo que anulan todas las diferencias significantes en su interior. El concepto de hegemonía de cuenta de aquel proceso en el cual un signifiante presente en el interior del grupo de identificación es “tomado prestado” por la totalidad para representarse a sí misma. El autor utiliza este término a partir de lo que entiende como “el carácter desnivelado de lo social”: la lógica equivalencial se ve de alguna manera, determinada, o tensionada con este carácter desnivelado. Esto implica que, más allá de lo contingente de las luchas, gracias a dicho carácter desnivelado es que las luchas hegemónicas se dan de una manera específica, en determinados momentos históricos.

Hay algunos significantes que tienen posiciones y recursos privilegiados y que, por ende, se encuentran en mejores condiciones para imponer al grupo su signifiante como “vacío”, es decir, como anulador de diferencias y representante de la comunidad. Estas posiciones distintivas dentro del campo social suelen estar determinadas por grandes concentraciones de poder. A su vez, la mejor ubicación de los distintos agentes sociales para imponer el signifiante totalizador corresponde a procesos anteriores en los que también podemos encontrar disputas por representar esta lógica de la equivalencia. Esta lucha por la significación es el fundamento mismo de la hegemonía, de su proceso. Un grupo es hegemónico en tanto y en cuanto puede presentarse como “agente realizador de objetivos más amplios” (Laclau; 1996: 82). Es decir, la hegemonía se disputa en la capacidad de representar una mayor cantidad de reivindicaciones distintas: “hay fin de la política cuando la comunidad concebida como totalidad y la voluntad que expresa esa totalidad se vuelven indistinguibles una de otra” (Laclau, 2005: 69).

Lo expuesto anteriormente implica algo más que la representación de demandas, implica la creación de algo que las aglutina: el concepto de pueblo. Este último entonces sólo existe a partir de la creación discursiva de algo antagónico a todas esas demandas articuladas. Es fundamental aquí el rol del líder que constituye esa idea de pueblo y la significa, en tanto, a partir de su carisma se da un movimiento de

representación en dos sentidos: del representante al representado y viceversa (Laclau, 2011: 200).

Podemos entender entonces como Laclau concibe la política: a partir del “desfase” -podría decirse- entre la representación de una comunidad y las manifestaciones particulares al interior de esta, la tensión que se da entre el significante vacío y los significantes particulares es, precisamente, la política. Incluso señala que cuando las voluntades y la representación coinciden exactamente la política es reemplazada por la administración (Laclau, 2005). Se abre entonces un proceso mediante el cual, ante la imposibilidad estructural que tiene una comunidad de reivindicaciones distintas de ser representada de forma positiva y única, los distintos significantes disputan para presentarse a sí mismos como los más adecuados para designar la totalidad.

5. Populismo y política en la obra de Laclau

Es sumamente clarificador para entender la manera en que Laclau analiza el desarrollo de identidades centrarnos en su análisis sobre la categoría de populismo, la cual es entendida como una lógica formal de articulación de sentidos, o, en otras palabras:

“...es una categoría ontológica y no óptica -es decir, su significado no debe hallarse en ningún contenido político o ideológico que entraría en la descripción de las prácticas de cualquier grupo específico, sino en un determinado modo de articulación de esos contenidos sociales, políticos o ideológicos, cualesquiera ellos sean...” (Laclau, 2005: 53).

Esta forma de articulación produce efectos estructurantes en los modos de representación de la totalidad social, en tanto y en cuanto esta última implica siempre más que la suma de las meras partes. La hegemonía entonces cumple un rol político a nivel ontológico y los distintos actores pugnan por representar a dicha totalidad.

El desarrollo conceptual no se realiza a partir el análisis de las reivindicaciones o diferencias particulares sino de la forma en que se articulan los significantes e identidades que se dan como resultado las distintas representaciones políticas. En ese sentido, su desarrollo teórico busca servir como herramienta para estudiar y analizar coyunturas particulares -como haremos más adelante-, pero no en cuanto al contenido de cada una de las manifestaciones políticas.

El autor entiende que los agentes sociales, en tanto grupos identitarios y políticos, se constituyen mediante las prácticas, y no al revés. Las prácticas no expresan

la forma de ser o su “naturaleza”. Es la forma que tienen de articular sus intereses, las prácticas políticas que determinan la manera de representarse.

En este sentido, esta falta de “fundamento último” o de un “centro” a la hora de pensar no solo a la constitución de identidades políticas, sino también para analizar a la política y a la sociedad, han llevado a la caracterización de este autor como un posmarxista o un posfundacionalista (Márquez Brogini, 2020). Si hay algo que define a lo social entonces es su carácter heterogéneo (Laleff Ilieff, 2020). Esta concepción de la heterogeneidad social se contrapone a ciertas visiones marxistas más ortodoxas.

Retomando la diferencia anteriormente planteada entre el “sujeto democrático” y el “sujeto popular”, este último, - a diferencia del primero que realiza demandas cerradas en sí mismas (particulares y puntuales), es decir que peticiona- refiere al agrupamiento más amplio que se realiza de una serie de demandas particulares, reclamos y/o reivindicaciones. Este sujeto, en otras palabras, cumple con la función “equivalencial”. Por otro lado, la condición fundamental para el surgimiento de este sujeto es la existencia de una institución determinada que sea considerada como la negación del propio sujeto, la exclusión. Esta “negación” específica del populismo para construir su identidad resulta ser el orden establecido, la concentración del poder o ciertas instituciones, las cuales no pueden satisfacer las demandas de este sujeto de manera administrativa. Podemos encontrar un carácter contestatario en este tipo de articulación política. Atenta contra la existencia de este sujeto la capacidad de dicha institución de satisfacción diferencial de las demandas separadas como “sujetos democráticos”, los cuales expresan una lógica de argumentación política. En contraposición a esto último, la lógica del sujeto popular es más negativa. Su lógica equivalencial divide al espacio social en dos y articula en forma de cadena a las distintas demandas insatisfechas que entran en “solidaridad”.

Nuevamente podemos observar cómo el proceso de subjetivación de los individuos bajo una misma identidad presupone una exclusión fundamental que, puntualmente en el caso del sujeto popular se basa, generalmente, en la dicotomía del poder y “el pueblo” o “los de abajo”. En este caso, el significante vacío de pueblo está delimitando lo excluido, a la vez que afirma aquella cadena de equivalencias que quiere nombrar. A su vez, la ventaja que tiene la utilización de significantes semejantes es la gran amplitud de representación que posibilita.

Se podría decir que los significantes característicos del sujeto populista, al ser tan abarcadores, extienden las luchas por la hegemonía. Sin embargo, debemos remarcar que esto conlleva ciertas desventajas ya que la representación de amplios sectores tiene como correlato la disminución del reconocimiento de las diferentes manifestaciones internas particulares: “lo que gana en extensión, lo pierde en intención”

(Laclau; 2005: 60). Al debilitarse los vínculos que unen a los significantes con demandas más particulares, estas quedan libradas, dentro de la misma comunidad identitaria, a un conjunto de nuevos y distintos armados de cadenas equivalenciales. Tanto el polo del poder como el del “pueblo” pueden cambiar su composición por completo y sin embargo seguir denominándose así.

Los significantes vacíos y flotantes, al ser los denominadores de la totalidad fundada por la exclusión, basta con que se mantengan para seguir siendo efectivos; sin embargo, la frontera interna del populismo debe recrearse constantemente para ser dinámico. Podemos observar, entonces, cómo el sujeto populista a pesar de estar desvinculado de las distintas manifestaciones diferenciales a su interior, sigue siendo el que constituye al pueblo como tal, nombrándolo en las distintas coyunturas posibles y marcando el límite entre los dos sistemas de significación: el del pueblo y el del poder.

6. Discusiones en torno al concepto de populismo

A la hora de poner en discusión la concepción de populismo en la obra de Laclau, como en la de diversos autores, es pertinente no perder de vista que dicho concepto es utilizado no solo por investigadores y especialistas, sino que también es usado comúnmente en los medios de comunicación y en la opinión pública, generalmente con connotaciones negativas (Casullo, 2020: 19). En ese sentido, parece haberse producido una doble hermenéutica, en términos de Giddens (1984), con este concepto surgido desde las ciencias sociales y la filosofía política, pero de uso cotidiano desde el sentido común.

Por su parte, según Mackinnon y Petrone (2011), “populismo” es una terminología inexacta por la variedad de fenómenos que puede significar, como lo son: movimientos de masas, partidos políticos, modelos discursivos, movimientos, ideologías, entre otros. Ambos autores entonces retoman la figura del “complejo de la Cenicienta”: existiría una experiencia política en algún lugar y contexto para la cual “calza” perfectamente la denominación ideal y platónica de populismo, sin embargo, como pasa en el cuento de la Cenicienta con su zapato, este concepto puede “calzar”, de mejor o peor manera para analizar partidos o movimientos que son diferentes.

Estos autores exponen cuatro corrientes de pensamiento sobre el término, con el propósito de describir y ordenar el abordaje del estudio del populismo (Mackinnon y Petrone, 2011: 21). La primera corriente de pensamiento señalada como estructural-funcionalista, tuvo a Gino Germani y a Torcuato Di Tella como sus principales exponentes. Para este enfoque, el desarrollo del sector obrero producto de la

industrialización, y en términos generales, el pasaje de una sociedad tradicional a una moderna, tiene como consecuencia la emergencia de un líder populista capaz de reclutar y manipular a los movimientos nacionales-populares. Luego, a partir de la década de los años '60, la visión histórico-estructural, encontrando su mayor sustento teórico en el marxismo y en estudios sobre la teoría de la dependencia como los de Cardoso y Faletto (2015), puso énfasis en las condiciones históricas que hicieron posibles el surgimiento del populismo. La tercera corriente denominada “coyunturalista”, enfatizó en la necesidad de comprender los fenómenos populistas a través de la importancia de la participación social de los sectores populares en el sistema político. Y, por último, el grupo representado por Ernesto Laclau, María Esperanza Casullo y otros autores, quienes entienden a las especificidades del populismo a partir del análisis del discurso ideológico. Este último enfoque permite, en nuestra opinión, salirse de las dificultades para definir al populismo que poseen los enfoques anteriormente mencionados, los cuales entienden a este concepto no solo como una categoría analítica sino, también, como experiencias históricas concretas que se manifestaron en un tiempo y espacio determinado.

Por otro lado, también existen discusiones en torno a los orígenes del populismo. Algunos autores lo ubican a fines del siglo XIX con los movimientos rurales en el medio oeste norteamericano y el movimiento socialista utópico ruso (Mackinnon y Petrone, 2011: 15); mientras que otros lo ubican con los orígenes de la democracia misma. Esto último, según la visión de los autores que sostienen esta concepción, se podría ver plasmado en la obra de pensadores clásicos del pensamiento político, desde Platón y Aristóteles, pasando por Maquiavelo, hasta en la tradición del liberalismo y del marxismo (Casullo, 2020). Es interesante poner el foco en como esta discusión en torno al origen del populismo se puede relacionar con las visiones sobre este: una perspectiva que ve en distintos movimientos el origen del populismo tiende a centrar su análisis en experiencias históricas concretas que puedan tildarse de populistas, mientras que la perspectiva que pone el foco en la filosofía política como origen del populismo tiende a centrarse en un análisis más teórico del fenómeno, aunque luego puede ser utilizado como herramienta de análisis coyuntural.

A partir de estas distintas visiones y conceptualizaciones, se ha calificado como líderes populistas a figuras que se pueden ubicar en diferentes lugares del arco político ideológico: desde Jair Bolsonaro o Donald Trump, hasta Hugo Chávez y Rafael Correa (Casullo, 2020). Incluso, durante los años '90s se ha hablado de “neopopulismo” o “populismo neoliberal” haciendo referencia a los gobiernos de Menem en Argentina y de Alberto Fujimori en Perú (Casullo, 2020; Mackinnon y Petrone, 2011). Desde algunas posturas, se ha argumentado que lo común entre distintas experiencias que han sido

catalogadas como populistas, a pesar de los distintos contextos históricos y geográficos, es la transición: si algunos autores emparentaban al “populismo clásico” de mediados de siglo XX con la transición “del campo a la ciudad” los populismos más recientes se relacionarían con la “transición de los trabajadores de la sociedad industrial a la sociedad digital y de la soberanía económica a la economía global” (Semán, 2021: 252).

De acuerdo con la dirección del antagonismo en el cual se divide al campo político, hacia arriba (una elite) o hacia abajo (inmigrantes, minorías étnicas, etc), y con la orientación espacial hacia el pasado o hacia el futuro, es que puede distinguirse a los populismos de derecha (hacia abajo y hacia el pasado) de los de izquierda (hacia arriba y hacia el futuro) (Casullo, 2020: 25). En este sentido, es posible distinguir a los populismos de izquierda como típicos de América Latina y a los de derecha como típicos de Europa, aunque existen algunos ejemplos para refutar esta idea como Álvaro Uribe, presidente de Colombia desde 2002 hasta 2010, figura que podría catalogarse como un populista de derecha; y a los partidos Syriza de Grecia y Podemos de España como ejemplos de partidos populistas de izquierda en Europa (Casullo, 2020).

En América Latina, caracterizada por sociedades “abigarradas”, con una alta heterogeneidad y multiplicidad en relación con las identidades culturales (Rivera Cusicanqui, 2010), se dificulta el éxito de partidos conformados sobre la base de un único principio identitario, como puede ser la clase social. Esta característica podría ayudar a la aparición de movimientos o líderes que pueden ser caracterizados como populistas, ya que la adhesión a estos movimientos está fundada en la aceptación y apropiación de un discurso más que en características demográficas propias de sus seguidores (Casullo, 2020: 122). Ahora bien, como ya se ha mencionado, en los “países centrales” han aparecido diferentes liderazgos y partidos políticos que podrían caracterizarse como populistas también a partir de su retórica xenófoba, antiliberal, antiintelectualista (en tanto elite político-cultural) y anticosmopolita (Casullo, 2020: 125), según la cual la globalización y la inmigración son las principales causas de los problemas de estos países (Stefanoni, 2021). Su discurso busca de alguna manera legitimar la desigualdad social a partir de identificar a los inmigrantes como un peligro para Occidente (Stefanoni, 2021). Incluso, algunos de estos líderes y partidos de derecha, como en el caso de Marine Le Pen, intentan incluir en sus plataformas propuestas para acercarse a la comunidad LGBTIQ o a ciertos colectivos de mujeres, en tanto no representan un peligro para la identidad occidental como así lo hacen las costumbres culturales de los inmigrantes de otras latitudes (Stefanoni, 2021). Sin embargo, existen ciertas discusiones en torno al carácter populista de estas experiencias ya que algunas han sido caracterizadas como “derecha alternativa”, como “nueva derecha” o simplemente “fascistas” (también “posfascistas”) (Stefanoni, 2021).

Por otro lado, la asociación del populismo con la figura de un líder suele darse más en América y con un partido político en particular, suele darse más en Europa (Casullo, 2020: 139).

Para Casullo (2020), lo común de estas experiencias es que se valen del uso de un “mito populista”, una herramienta discursiva que permite la identificación entre el líder y sus seguidores, y que asegura cierta estabilidad a los gobernantes. Esta idea de mito, a pesar de ser una narrativa o relato articulado entorno a una dicotomía entre polos antagonistas, aleja a la autora de los desarrollos de la lingüística sobre los cuales se basa Laclau (2011): la concepción de significante vacío y/o flotante que es objeto de disputa. De esta forma, utilizando la concepción del mito populista por sobre la de discurso o la de cadena equivalencial de significantes, se pierde de vista, al menos en parte, la dimensión conflictiva, las luchas por la hegemonía que, en última instancia, son las disputas que se dan por los significantes. En este punto, la mirada de Laclau parece acercarse más a la del Volóshinov (1992), cuando este último sostenía que el signo es la arena de la lucha de clases.

Podría concluirse entonces que el estudio del populismo desde una perspectiva centrada en el análisis de discurso (político) permite salirse de miradas “economicistas”, basadas en las políticas económicas de distribución del ingreso -como la de Zícarí (2020)-, y “sociologicistas”, centradas en las alianzas de clase que componen a los movimientos populistas, que caracterizan a otras posturas sobre este tema (Casullo, 2020; Laclau, 2011). Incluso las miradas centradas en las políticas de inclusión y de exclusión suelen ser insuficientes para identificar a los populismos tanto de izquierda como de derecha (Casullo, 2020: 148). De esta forma, el concepto de populismo se transforma en una herramienta analítica útil para el análisis de distintas coyunturas y experiencias; y, específicamente, la visión laclausiana permite poner el foco especialmente en las disputas por la hegemonía.

7. Los elementos populistas durante el gobierno de Cambiemos (2015-2019)

Es pertinente en este punto intentar aplicar los conceptos tratados sobre el populismo en una experiencia histórica concreta para poder profundizar el análisis de este. Es por ello por lo que, si bien el gobierno de Mauricio Macri quizás no pueda ser calificado como populista, e incluso podría hablarse de un gobierno con una agenda “antipopulista” (Semán, 2021: 10), pueden analizarse distintos elementos populistas presentes durante su mandato.

La coalición Cambiemos estaba compuesta por Propuesta Republicana (PRO), partido que hegemonizaba la alianza; la Unión Cívica Radical (UCR), partido de larga tradición en la historia política de la Argentina y que, paradójicamente, nació como una fuerza populista por más que en los últimos años sus dirigentes la imaginen como liberal (Casullo, 2020: 157); y la Coalición Cívica (CC), un pequeño partido liderado por la dirigente Elisa Carrió. Esta fuerza derrotó en el ballotage de las elecciones de 2015 al candidato del Frente Para La Victoria, Daniel Scioli, prometiendo mejorar la situación económica (especialmente, la inflación) y respetar a las instituciones de la república.

La coalición Cambiemos era una “expresión partidaria de la elite económica, social y cultural argentina” (Casullo, 2020: 154) que hasta ese momento no había logrado integrarse a la política electoral del país desde, al menos, la llamada “década infame” (Semán, 2021: 10). Muchos de los dirigentes que fueron parte del gobierno durante esos años provenían de los sectores más altos de ingresos del país (Canelo, 2019). Incluso, muchos funcionarios provenían del sector privado: el “perfil empresarial” inundo a la función pública, principalmente el gabinete del expresidente Mauricio Macri, durante esos años, constituyendo lo que se podría denominar como una “ceocracia” (Canelo, 2019: 30). Esto permitió reforzar un lazo o promesa aspiracional y un discurso meritocrático basado en el esfuerzo individual como la única fuente del éxito para poder así refundar la sociedad argentina; además de reforzar cierta idea de efectividad de la gestión por encima de los problemas de la burocracia estatal y la política en general (Canelo, 2019). En ese sentido, el apoyo que logro este gobierno provenía de distintas clases y/o sectores de la sociedad (Casullo, 2020: 155; Bruno, 2019: 80; Canelo, 2019: 18), el cual no solo se plasmó en 2015 sino también en las elecciones legislativas de mitad de termino en 2017.

Macri construyó una imagen de sí mismo como un “outsider”, un empresario exitoso, que podría redimir a la Argentina a pesar de la “pesada herencia”. En esa imagen se resaltan ciertos valores que comparte con líderes populistas de derecha: buscar fundar una nueva política (“no política”) con agentes que no estén contaminados por los vicios de la vieja política; su patrimonio le aseguraría un cierto carácter de incorruptible; su conocimiento tecnocrático a partir de sus experiencias como empresario “exitoso”; y cierto “glamour” que lo rodeaba (a su figura y a su familia) y genera un lazo aspiracional con parte de la sociedad (Canelo, 2019; Casullo, 2020).

Casullo sostiene que el expresidente tuvo un discurso que “identificaba un villano, un héroe y se orientaba hacia el futuro” (Casullo, 2020: 25), una “estrategia populística” (Casullo, 2020: 167) para ganar las elecciones de 2015, pero que desde 2018 en adelante, con el comienzo de una crisis económica relacionada con la deuda externa y la falta de financiamiento (Zícari, 2020: 189), ese modelo cambio a uno más

liberal y tecnocrático. Esa orientación hacia el futuro inicial -también resaltada por Canelo (2019)-, característica de los populismos latinoamericanos, fue progresivamente desapareciendo y virando hacia una mirada romántica del pasado de la Argentina del centenario (principios del siglo XX), característica de los populismos de derecha, que fue “contaminado” por el populismo y/o por el peronismo (Adamovsky, 2020: 336; Casullo, 2020: 175; Canelo, 2019: 23). Es por ello por lo que era necesaria corregir ese desvío a partir de una “ortopedia moral” (Canelo, 2019: 25), si no, como dijo Elisa Carrió “vamos camino a ser como Venezuela” (Semán, 2021: 239).

Por otro lado, a partir del empeoramiento de la situación económica a partir del modelo de redistribución regresiva del ingreso (Adamovsky, 2020: 330; Canelo, 2019: 12), el discurso del macrismo empezó a hacer hincapié en la austeridad y el sacrificio que era necesario que los ciudadanos hagan en pos de mejorar la situación. Según este discurso, el populismo kirchnerista había otorgado de manera irresponsable ciertos privilegios y/o beneficios que era necesario abandonar (Casullo, 2020: 177). De esta forma, el enemigo ya no solo era el populismo o el kirchnerismo, sino que era la sociedad que no era capaz de realizar el sacrificio que la coyuntura ameritaba (Casullo, 2020: 178). El discurso macrista entonces empezó a orientar su antagonismo “hacia abajo”, tal como lo hacen los populismos de derecha (Casullo, 2020: 181). Sin embargo, este discurso meritocrático y basado en la salvación individual producto del esfuerzo personal sin considerar las condiciones de posibilidad de dicho esfuerzo, se acerca a un discurso de corte neoliberal (Adamovsky, 2020: 327; Zicari, 2020: 183; Bruno, 2019: 74). En ese sentido, el macrismo logró consolidar una hegemonía donde los intereses de los sectores concentrados del capital en Argentina sean vistos (o al menos se los discuta como tales) como los intereses de toda la comunidad política, teniendo en cuenta cierto lazo aspiracional entre algunos empresarios “exitosos” y ciertos sectores de la sociedad (Bruno, 2019: 75). De esta forma, se prometía construir un orden social sin política ni conflicto, pero con distancias sociales y jerarquías bien delimitadas (Canelo, 2019: 68).

En este punto, puede hablarse de una “meritocracia asimétrica” en tanto el gobierno integrado por figuras que provenían de los sectores más altos en el nivel de ingresos le exigían a la sociedad meritocracia, sin ellos y ellas cumplirla (Canelo, 2019: 24), un sacrificio en pos de un supuesto futuro mejor. Así, desde el discurso del gobierno, se proponían modelos de “hiperindividuos” a imitar, como los CEO y los emprendedores (Canelo, 2019: 27). El éxito en la manera en la que este discurso permeó distintos sectores de la sociedad se puede relacionar, entre otras cosas, al proceso de individualización existente en nuestra región (y en nuestro país) desde mediados de la década del '70 (Canelo, 2019: 26) y, relacionado con esto, a la dificultad en la constitución de identidades que se salen de las coordenadas tradicionales como podría

ser la clase social. Además, este discurso fue acompañado por medidas que tendían a la redistribución regresiva del ingreso y que afectaban la posibilidad de consumo de sectores amplios de la población (Zícari, 2020), cuestión no menor si se tiene en cuenta la centralidad del consumo durante el kirchnerismo, no solo como motor de la economía sino también su importancia a la hora de constituir identidades.

El macrismo construyó un discurso antagonista con un enemigo claro (e ilegítimo) que era el “populismo kirchnerista” y, a su vez, lo combinó con cierto discurso abierto al “diálogo” y al establecimiento de “consensos” (Casullo, 2020: 172). Según la visión del macrismo, el kirchnerismo representa “lo corrupto, lo clientelar, lo autoritario, lo asfixiante de la iniciativa privada; una etapa de nuestra historia que es necesario superar a partir del esfuerzo, el sacrificio y el trabajo de cada uno de los argentinos, en especial los sectores más vulnerables” (Bruno, 2019: 77); pero, a pesar de esas consideraciones sobre su “adversario político”, el macrismo también recurrió a tópicos no conflictivos como “la revolución de la alegría”, la promesa de “zanjar la grieta”, “reconciliar a todos los argentinos”, etc (Bruno, 2019: 77).

Por su parte, a diferencia de cierta centralidad en el liderazgo que caracteriza a partidos populistas, el macrismo multiplicó a sus voceros: desde periodistas hasta dirigentes que formaban parte de la coalición repetían el discurso moralizante y antagonista. Un claro ejemplo de ello es el de la dirigente Elisa Carrió, a la cual podría caracterizarse como populista (Casullo, 2020: 142). Esta dirigente se presentaba a sí misma con un rol que trascendía su cargo legislativo: se “sacrificó”, según ella, sola y sin recursos en una lucha contra la corrupción de Cambiemos y de otros partidos para poder salvaguardar la República y la democracia (Canelo, 2019: 158-159). Otro ejemplo puede encontrarse en la figura de Patricia Bullrich quien, desde su discurso, solía apuntar como enemigos a los inmigrantes y a los movimientos sociales (en consonancia con el giro “hacia abajo” antes mencionado en el discurso cambiemita) (Canelo, 2019: 71). Esta dirigente, que fue una de las pocas funcionarias que gozó de estabilidad durante los cuatro años de gestión, expresó una “promesa punitiva” como respuesta al problema de la inseguridad: un compromiso de aumentar la violencia estatal y la represión como método para reducir la delincuencia (Canelo, 2019: 94). Esta “promesa”, que tomó un lugar más preponderante en la escena pública luego del primer año de gobierno (Semán, 2021: 246), tiene un carácter populista (Canelo, 2019: 95) en tanto identifica un antagonista al que promete eliminar ya que no lo identifica como un opositor legítimo dentro del juego democrático y republicano. Otras figuras importantes de Cambiemos también solían expresar discursos en línea con este “populismo punitivo” (Canelo, 2019: 95), como la exvicepresidenta Gabriela Michetti (Canelo, 2019) y el senador peronista, candidato a vicepresidente en 2019 en la fórmula presidencial junto

con Macri, Miguel Ángel Pichetto, quien se caracterizaba por sus expresiones marcadamente de derecha, autoritarias y xenófobas (Stefanoni, 2021: 25; Adamovsky, 2020: 338).

En paralelo con ese discurso antagonista, pero “abierto al dialogo”, también existieron figuras con un discurso más centrado en el consenso e, incluso, en continuar con ciertas políticas del kirchnerismo, como María Eugenia Vidal, Carolina Stanley y Horacio Rodríguez Larreta.

Sería interesante también pensar si durante el gobierno de Cambiemos (o incluso con anterioridad) se dio una constitución de un “pueblo macrista”, característica fundamental para el populismo desde una óptica laclausiana. Según Bruno el macrismo pudo tener elementos populistas a lo largo de su gobierno, pero falla en la constitución de un pueblo ya que la lógica neoliberal “obtura así el lazo equivalencial que pudieran desarrollar las diferentes identificaciones entre sí para construir un Nosotros o un Pueblo que las trascienda, pero, al mismo tiempo, dé cuenta de sus particularidades” (Bruno, 2019: 78), les otorga el mismo valor a las diferencias y no permite una jerarquización de estas. Ahora bien, podrían plantearse dos cuestiones en este punto. Por un lado, como contraposición a la idea de pueblo, podría esgrimirse que el macrismo, especialmente en la Ciudad de Buenos Aires, utilizó la categoría de “vecino”, una categoría de referencia individual que iguala a todos los habitantes de un territorio solo por el hecho de habitar en la misma ciudad o localidad sin tener en cuenta otras diferencias como podrían ser de clase, etnia, genero, etc. Y, por otro lado, si a partir de la crisis económica de 2018 empezó a circular con mayor fuerza cierto discurso romántico sobre el pasado de la Argentina del centenario (Canelo, 2019: 63), podría plantearse que la idea de pueblo del macrismo se encuentra contenida allí, en el discurso de la sociedad argentina compuesta por inmigrantes europeos que “venían a trabajar” y, que, en base a ese esfuerzo individual, lograron cierto ascenso social. La oposición a esa concepción de pueblo sería la de la Argentina plebeya, identificada a lo largo de la historia con distintas figuras, desde el gaucho, pasando por el compadrito y el cabecita negra peronista, hasta la figura del “choriplanero” (Semán, 2021; Adamovsky, 2020). En ese sentido, si es factible encontrar cierta cadena de significantes que subyace en el discurso del gobierno de Cambiemos y que se puede rastrear con anterioridad en distintos momentos y coyunturas de la historia argentina, particularmente, luego del conflicto en 2008 entre el gobierno kirchnerista y ciertos sectores de la sociedad a partir de la Resolución 125 y el aumento en las retenciones (Semán, 2021: 232). La figura del “choriplanero”, que no estaba presente explícitamente en los discursos de los dirigentes de Cambiemos pero si en algunos de sus votantes, era entendida como una figura ilegítima en el juego político y democrático y vuelve “al lugar mítico de una debilidad irracional de los pobres”

que “actuaban movidos por las necesidades volitivas y no por la razón” (Semán, 2021: 233). De alguna manera, es la figura opuesta o antagónica a la del CEO o a la del emprendedor (Semán, 2021: 237) que se ha comentado anteriormente.

Por último, respecto a la cuestión sobre la caracterización de Cambiemos como populista o no, hay un acuerdo entre distintos autores sobre que dicho gobierno no lo fue, aunque está en discusión la existencia de distintos elementos populistas presentes. Por su parte, Casullo (2020) sostiene que el macrismo se volvió luego de 2018 más cercano a la matriz conservadora-liberal que caracterizaba a la Argentina durante el siglo XX. En contraposición, Canelo (2019) sostiene que el giro luego del 2018 se caracterizó por ser de una “promesa aspiracional” a una “promesa populista punitiva”. Mientras que para Bruno (2019), si bien existía cierta posibilidad de deriva populista de derecha, la imposibilidad de “incorporar elementos equivalenciales en su discurso y dar cuenta de la operación de exclusión de la alteridad política representada en la identificación kirchnerista” (Bruno, 2019: 80), hacen que sea un “gobierno institucionalista con matices autoritarios” (Bruno, 2019: 81). Teniendo en cuenta lo expuesto, se podría hablar de un gobierno antipopulista (Semán, 2021) pero con elementos populistas, los cuales, como nos recuerda Laclau (2011), están siempre en mayor o menor medida presentes, y que, en este caso, fueron necesarios para la llegada de Cambiemos al poder y para su ejercicio, especialmente luego de la crisis económica en 2018.

8. Reflexiones finales

Resulta interesante la manera en que Laclau concibe la relación entre política y populismo. La primera existe siempre y cuando la lucha por la hegemonía se de en el plano de los significantes. Esto probablemente sea posible a causa de la incapacidad que tienen estos de representar por completo las voluntades que componen su interior.

Por otro lado, podemos decir que el populismo no es más que la expresión de la política. Es aquel intento, nunca logrado de articular de manera efectiva las manifestaciones internas y específicas con la construcción de significantes surgidos de la impugnación a un orden establecido, es decir, a una institución. Sin embargo, es necesario no perder de vista que toda política implica entonces en mayor o menor medida algún componente populista (Laleff Ilieff, 2020; Bruno, 2019). Ahora bien, “si todo es populismo, entonces nada es populismo” (Casullo, 2020: 19). Volvemos así al “complejo de la Cenicienta” (Mackinnon y Petrone, 2011).

En ese sentido, el gobierno de la coalición Cambiemos (2015-2019), a pesar de ser un ejemplo de un gobierno “antipopulista” (Semán, 2021), se valió de distintos elementos populistas en su discurso antagonista, tanto en su “estrategia populística” (Casullo, 2020: 167) para llegar al poder, como en su “promesa punitiva” (Canelo, 2019: 94) luego del fracaso económico cristalizado en el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional en 2018.

A partir de lo anterior, cabría hacerse varias preguntas. Por un lado, si hasta el antipopulismo se vale de elementos populistas, ¿qué es lo opuesto al populismo? Según la definición de Laclau, podría desprenderse de su idea de “sujeto democrático” como opuesto al popular. Pero entonces, ¿los sujetos populares no son “democráticos”? Además, también cabría preguntarse por la constitución misma de los sujetos (y de la subjetividad), cuestión que parece quedar soslayada teniendo en cuenta que la unidad mínima del análisis de este autor son las demandas. En otras palabras, la subjetividad es solo entendida como producto del agrupamiento equivalencial o no de distintas demandas (Laclau, 2005: 57).

Por último, podría concluirse que las identidades políticas se construyen en la práctica política y no previamente. Tanto política, hegemonía y populismo no son posibles sin este fundamento teórico. Los individuos por sí solos son incapaces de constituir un sujeto y una identidad política. No son sujetos cerrados en sí mismo, tienen intereses particulares articulados de manera completamente diversa según el caso. El “desfase”, como antes lo mencionamos, que surge entre este “individuo” y la voluntad política que busca representar de manera más acertada el conjunto de expresiones individuales, es la condición de existencia de la política. La búsqueda por representar una comunidad, entendida como comunión entre interés individuales y agente político - nunca lograda por completo- es lo que permite los procesos de construcción de hegemonía. El populismo entonces es la manera de constituir al pueblo en la práctica política, en la división de la sociedad en dos polos antagónicos. La manera en que se construyen las cadenas equivalenciales debe observarse en las distintas coyunturas (geográficas e históricas) particulares. No hay elementos precedentes a la política que determinen qué significante puede ser más o menos adecuado para representar a la comunidad. Esto no quiere decir que sea una cuestión azarosa, sino que los recursos simbólicos y de poder que tengan los distintos grupos juegan el rol fundamental para la construcción de relaciones hegemónicas. Estas son exactamente las que determinan qué “...diferencia particular va a ser el locus de efectos equivalenciales...” (Laclau, 1996: 82).

9. Bibliografía:

Adamovsky, Ezequiel: *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Critica, 2020.

Bruno, Lucas Ezequiel: “La posibilidad populista de Mauricio Macri, ¿o la persistencia (hegemónica) del neoliberalismo?”, en Piñero, M. T. y Foá Torres, J. G. (Comp.), *Neoliberalismo: aproximaciones a las razones de su éxito*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, 2019.

Canelo, Paula: *¿Cambiamos?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2019.

Cardoso, Fernando Henrique; Faletto, Enzo: *Dependencia y desarrollo en América Latina: Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2015.

Casullo, María Esperanza: *¿Por qué funciona el populismo?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2020.

de Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 2007.

Giddens, Anthony: *La Constitución de la Sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.

Laclau, Ernesto: “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

Laclau, Ernesto: “Populismo: ¿Qué hay en el nombre?”, en Arfuch, L. (Comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Laclau, Ernesto: *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.

Laleff Ilieff, Ricardi: “La reserva liberal en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, en Rossi, M. A. y Mancinelli, E. (Comp.), *La política y lo político en el entrecruzamiento del posfundacionalismo y el psicoanálisis*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO, 2020.

Mackinnon, María Moira; Petrone, Mario: “Los complejos de la Cenicienta”, en Mackinnon, M. y Petrone, M. (Comp.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 2011.

Márquez Brogini, Maximiliano Jorge: “Representando lo imposible. Posfundacionalismo y diferencia ontológica en el pensamiento de Ernesto Laclau”, en Rossi, M. A. y Mancinelli, E. (Comp.), *La política y lo político en el entrecruzamiento del posfundacionalismo y el psicoanálisis*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO, 2020.

Rivera Cusicanqui, Silvia: *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre las prácticas y discursos descolonizadores*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2010.

Semán, Ernesto: *Breve historia del antipopulismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021.

Stefanoni, Pablo: *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021.

Voloshinov, Valentín: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza Universidad, 1992.

Zicari, Julián: *Crisis económicas argentinas: de Mitre a Macri*, Buenos Aires, Continente, 2020.